

UN BAUTISMO EN UN LUGAR RARO

En el sur de los Estados Unidos vivía una hermosa jovencita que se llamaba Carolina. Sufría continuamente de un terrible dolor de cabeza. Cuando la gente iba a visitarla, la cabeza le dolía aún más. Estaba tan enferma que no podía levantarse. Allí estaba en cama, con la cara casi tan blanca como la almohada y los ojos casi tan negros como su cabello.

Muchos médicos habían ido a verla, pero no podían hacer nada por ella. “Nunca se sanará” decían. Y a la familia le recomendaban: “Procuren darle toda la comodidad posible. Es todo lo que pueden hacer”.

Un día, Carolina llamó a su madre y le preguntó: “¿Te acuerdas del predicador que escuchamos una vez en la carpa?”

“Sí —le contestó la madre—. Era adventista del séptimo día”.

“Búscalos y pídeles que venga a verme”, dijo Carolina.

La madre contestó: “Temo que eso empeore tu dolor de cabeza”.

“¡Oh, estoy segura que no! Por favor, llámalo”, rogó Carolina.

La madre deseaba complacer a Carolina, así que buscó al pastor y le rogó que visitara a su hijita. Cuando lo vio llegar, fue a recibirlo a la puerta, y le dijo: “Carolina está muy enferma. Por favor, permanezca sólo un momento”.

El pastor entró y habló con Carolina unos pocos minutos. Cuando la niña lo oyó hablar de Jesús, sus oscuros ojos se iluminaron. “Por favor, venga mañana otra vez”, le rogó.

El pastor regresó al día siguiente. Siguió visitando a Carolina día tras día, y cada vez se quedaba un poquito más.

Una tarde, después que el predicador hubo hablado acerca de Jesús y de la Biblia, Carolina dijo: “Yo quiero bautizarme”.

“Temo que estés demasiado enferma —contestó él—. No podrás caminar hasta el agua. Estoy seguro de que Dios comprenderá por qué no puedes ser bautizada”.

Pero Carolina no estaba satisfecha. Cada día decía: “¡Cómo quisiera ser bautizada!”

Un día, mientras el pastor estaba con ella, la niña preguntó ansiosamente: “¿No podría llenar la bañera y bautizarme allí?”

“Tal vez podamos —dijo el pastor—. Hablaré con tu médico al respecto”.

El médico se sorprendió mucho cuando supo lo que Carolina quería. Pero después de unos momentos dijo: “La pobre niña no vivirá mucho tiempo. Si quiere ser bautizada, hágale el gusto. Creo que eso no la matará”.

Al día siguiente, cuando todo estuvo listo, llevaron con mucho cuidado a Carolina hasta la bañera. Allí el pastor la bautizó. Una dulce sonrisa iluminó su rostro, una nueva luz brilló en sus ojos.

Cuando estuvo de nuevo en la cama, dos pastores se arrodillaron a su lado. Pidieron a Dios que le diera la salud si era su voluntad. No se levantó inmediatamente, pero cada día fue sintiéndose mejor. Después de poco tiempo pudo sentarse, y poco después empezó a caminar.

Un sábado, Carolina oyó al pastor hablar acerca de la recolección.

“Dios me ha salvado la vida. Yo quiero hacer algo por él”, se dijo la niña.

Aquella noche, Carolina salió a recolectar. Recorrió las calles caminando presurosa de una casa a otra.

¡Estaba trabajando por Jesús! ¡Qué feliz se sintió al contar las monedas y colocarlas en la canastita de la ofrenda!

Desde entonces, Carolina salió a recolectar cada año, y nunca volvió a sufrir de esos terribles dolores de cabeza.